



«Fray Lesco» con amigos y alumnos de la Escuela de Luján Pérez (6 de enero de 1928). Entre los asistentes al ágape se distinguen los escultores Gregorio, Fleitas, Márquez y Navarro; los pintores Monzón y Suárez, y los escritores Néstor Alamo, «Pancho Guerra», Luján, José Mateo Díaz, Víctor Doreste, Rodríguez Doreste, etcétera.



Domingo Doreste Rodríguez, «Fray Lesco». Fotografía hecha pocos años antes de su muerte.

UNAMUNO Y «FRAY LESCO» : HISTORIA DE UNA LARGA AMISTAD

P O R

JUAN RODRIGUEZ DORESTE

INTRODUCCIÓN.

Domingo Doreste Rodríguez (1868-1940), que popularizó en nuestras islas el seudónimo literario de «Fray Lesco», fue una de las grandes figuras del periodismo canario en la primera mitad de nuestro siglo. Cursó en Salamanca estudios de Derecho, se doctoró en la misma Universidad con una tesis que preparó en la de Bolonia, donde pasó un año becado por su propia Escuela, ganó por oposición plaza de Secretario judicial y después de servir varios destinos en Guadalajara y en la ciudad del Tormes, se trasladó por permuta a su isla natal, desempeñando hasta su muerte la Secretaría del Juzgado de 1.^a Instancia de Triana, en Las Palmas de Gran Canaria. Hombre de vasta cultura y de inquietud universal, escribió abundantemente en la prensa local, nacional y americana, fundó con otro periodista ilustre, Rafael Ramírez Doreste, y dirigió el diario «La Mañana», que apareciera desde enero de 1904 a mayo de 1915, y desarrolló una intensa actividad cultural, de elevado contenido humanista y cívico, incluso como precursor de modernas tendencias social-cristianas, a lo largo de toda su afanada existencia, como escritor de limpio estilo y como versado, hondo y elocuente conferenciante en múltiples ocasiones. Creó, en 1918, y dirigió hasta su fallecimiento, la Escuela de Artes Decorativas de Luján Pérez, que aún sigue impartiendo su libre enseñanza, y que ha sido sin disputa la insti-

tución de más fecundo y duradero magisterio de las artes plásticas de todo el archipiélago canario.

El trabajo que se inserta seguidamente constituye uno de los capítulos de un largo estudio del autor consagrado a la historia de aquella prestigiosa Escuela y a la obra de sus fundadores, cuya primera parte —fundación, vida y métodos— se publicó en la revista «El Museo Canario», número 75-76, del año 1960, «Homenaje a Simón Benítez Padilla».

CÓMO SE INICIA LA AMISTAD.

Desandando el camino que nos ha llevado hasta finalizar el año 1905, volvamos a tomar el hilo existencial de «Fray Lesco» en los días de su llegada a Salamanca, para encuadrar con justeza la narración de su amistad con don Miguel de Unamuno. Aunque fuera ésta tan dilatada como la vida de ambos, los episodios más abundantes de su trato personal y de su relación epistolar se concentran mayormente en el período que va desde los años finales del siglo pasado hasta los comienzos de la segunda década del presente. Son aquéllos en que Domingo Doreste termina su carrera, hace el doctorado, marcha a Italia, después de haber ganado plaza de escribano judicial, regresa a Las Palmas y empieza a alternar el intermitente desempeño activo de su escribanía, haciendo viajes más o menos largos a la Península, con el ejercicio continuo y remunerado del periodismo en su ciudad natal. Don Miguel era justamente tres años y medio más viejo que Doreste, pues había nacido el 29 de septiembre de 1864, y llevaba en Salamanca más de cuatro años de profesor cuando llegó allí el estudiante canario. Había sido nombrado catedrático en el año 1891, después de hacer cinco oposiciones (una a psicología, dos a latín, una a metafísica y al fin la que ganó a la cátedra de lengua y literatura griegas en aquella universidad), según su propia confesión¹. «Fray Lesco», como ya expliqué y por razones eco-

¹ José Tarín Iglesias. *Unamuno y sus amigos catalanes* Barcelona, 1966 Editorial Peñíscola. (Carta a don Santiago Valentí Camps, pág. 113)

En mis tiempos de ateneísta, allá entre los años 23 y 25, oí contar una ocurrencia de don Miguel, visitante ocasional de aquella casa, que no he

nómicas, sólo pudo ir a estudiar y entró en el centro universitario como alumno de primer año de Derecho, en 1895, es decir, cuando tenía veinte y siete años cumplidos. No obstante la escasa diferencia de edad y ser prácticamente de la misma generación, Doreste siempre trató a don Miguel, fiel a su doble magisterio oficial y real, como un devoto discípulo a su maestro respetado. Así lo llama en el encabezamiento de todas las cartas que de él se conservan, casi siempre con el doble calificativo de querido y respetable, y en los últimos años el de inolvidable.

Domingo Doreste conoció a don Miguel a las pocas semanas de haberse instalado en Salamanca, en cuya universidad el gran profesor había conquistado ya una verdadera rectoría espiritual que pocos años después, el 31 de octubre de 1900, habría de convertirse en Rectoría oficial. Había publicado algunos libros, colaboraba asiduamente en la mejor prensa nacional, y sus clases, respunteadas de hondas digresiones, así como sus tertulias habituales, agitaban ya la monótona y mansa vida salmantina con las inquietudes de signo diverso, filosóficas, literarias, lingüísticas y políticas, que hasta las últimas horas de su existencia nutrirían su fecunda obra de educador, escritor y poeta. «Fray Lesco» lo conoció precisamente en aquellos años que fueron decisivos en la existencia del pensador vasco, cuando se le iba fraguando y le sobrevino una de las crisis religiosas más turbadoras y dramáticas de las que habrían de ir marcando, con su entrañada angustia existencial, con su desgarrador agonismo, el resto de sus días y la porción más significativa de su enorme creación.

Domingo Doreste captó en seguida la atención de sus profesores. Su inteligencia viva y aguda, su palabra clara y ajustada con el certero don de concisión expresiva que siempre tuvo, le labraron prontamente en las aulas universitarias un prestigio y una notoriedad que fueron acreciendo y afirmando sus estudios fructuosos y sus primeros trabajos periodísticos. Don Miguel le mostró desde el principio de su trato un especial afecto. Solían

visto recogida en ninguna parte. Un miembro de uno de los tribunales de sus oposiciones fallidas, trataba un día de excusarse de no haberle votado invocando la razón de que el contrincante elegido era padre de numerosos hijos. A lo que Unamuno contestó.

—Esa no es razón, porque si él tiene muchos hijos, yo aspiro a tenerlos.

verse en los paseos del profesor bajo los soportales de la Plaza Mayor, en las tertulias que en ocasiones tenían por incomparable escenario los claustros de San Esteban, donde, por cierto, llegó a internarse don Miguel en una de sus crisis religiosas. Se trabó entre los dos una duradera amistad, cultivada en los numerosos años de residencia salmantina de «Fray Lesco», primero, como estudiante, después, desde 1906 hasta 1910, cuando ejercía de escribano en Guadalajara y en la misma Salamanca. Esta larga relación amistosa halla su mejor reflejo en la correspondencia que se cruzara entre ellos hasta pocos meses antes de nuestra guerra civil. En los comienzos, como veremos, fue más copiosa. «Fray Lesco» lo tuvo como influyente valedor, por su cargo de Rector y Presidente de la Junta del Colegio de Salamanca. Más tarde, como siempre ocurre, la comunicación se fue espaciando, pero es evidente que uno y otro seguían alimentando la mutua estima que prendiera desde sus primeros encuentros. El escritor canario le habla de sus problemas personales, de sus viajes, y el vasco insigne, como siempre hizo, volcaba en sus epístolas, con desnuda espontaneidad y con la misma soltura y brillantez de estilo de sus libros, las inquietudes o preocupaciones que en aquellos momentos le atosigaran.

«Fray Lesco» guardaba en su casa, como tesoro inapreciable, todas las abundantes cartas que había recibido de Unamuno, casi siempre extensas, escritas con letra angulosa y apretada que apenas dejaba huecos ni márgenes. Tuve repetida ocasión de leerlas y comentarlas. Por desventura, en los años posteriores a su muerte, su hijo Víctor, tan generoso como irreflexivo, dispersó al azar de momentáneos caprichos amistosos el rico fondo epistolar. No debió pensar nunca en el valor histórico, no digamos sentimental, que aquellos documentos encerraban, ni mucho menos, desde luego, en su valoración crematística. Como todas las numerosísimas misivas que don Miguel escribiera, cada una de ellas era fiel y claro reflejo de la definida situación anímica del ilustre escritor en el instante de redactarlas. Víctor las fue regalando una tras otra a los amigos a quienes quería distinguir con una prueba de particular afección, y así hoy, tras innumerables e infructuosas pesquisas, sólo han aparecido las dos que posee don Luis Suárez Morales, viejo amigo de la familia, que tiene igualmen-

te otras tres del maestro salmantino dirigidas a Rafael Romero, nuestro gran poeta «Alonso Quesada». Se guardan, en cambio, en el Archivo de don Miguel de Unamuno en Salamanca, muchas de las que Domingo Doreste le dirigiera, aunque no todas. Sus fotocopias me han servido para ilustrar este interesante capítulo de la vida de «Fray Lesco», que, sin duda, no podrá reconstruirse jamás en su deseable integridad.

LAS CARTAS DEL BECARIO.

Se conservan en total treinta y tres cartas de Domingo Doreste cuyas fechas cubren desde diciembre del año 1900 a septiembre de 1934, pocos días antes de la jubilación oficial de don Miguel. Además de este contacto epistolar, y ya con posterioridad a la época estudiantil de «Fray Lesco» los dos hombres volvieron a verse y encontrarse en dos distintas temporadas: cuando el periodista canario viajó a la Península, por dos veces, en mayo de 1903 y en marzo de 1905, pues en ambas ocasiones recaló por Salamanca, ciudad residencial de los familiares de su esposa, yendo o viniendo de Guadalajara, en cuyo lugar tenía su escribanía encomendada a un sustituto, y en la larga etapa que lo mantuvo totalmente alejado de la isla, desde mediados de 1906 hasta principios de 1910, en total unos cuatro años. Los dos primeros años, hasta que obtuvo traslado a Salamanca, «Fray Lesco» vivió en Guadalajara, y allí aparecen fechadas algunas de sus esquelas al maestro salmantino. Los dos últimos, desde 1908 a 1910, los pasó enteros en la ciudad del Tormes, donde, como ya dijimos, vio la luz primera su hija Teresa. Pero incluso mientras residía en la ciudad del Henares eran frecuentes sus escapadas a la urbe universitaria, pues llegó a abrigar el proyecto de establecerse definitivamente en ella con la ilusión de ocupar un puesto de auxiliar en la Facultad de Derecho, que le facilitaría el camino hacia la cátedra, su sueño dorado en aquella sazón de su vida. Más tarde, en 1910, volvieron a reunirse el profesor y el alumno en nuestra misma isla, cuando don Miguel la visitó, en el curso del mes de junio, como mantenedor de unos famosos Juegos Florales, que él, con su inflamado discurso, tornó igualmente ruidosos y memorables. También hubieron de encontrarse, aunque brevemente

como ya veremos, en los doce días que pasó don Miguel en Las Palmas, acompañado de Rodrigo Soriano, en camino hacia su destierro de Fuerteventura, durante el mes de marzo de 1924.

La primera larga carta de «Fray Lesco» a Unamuno permite esclarecer sus andanzas en aquellos años finales de su carrera, cuando alcanza la beca universitaria para ampliar estudios en Italia, distinción reservada a alumnos excepcionales. La natural desmemoria de su esposa, mucho tiempo después, cuando narraba aquel episodio, confundía las fechas pero acertaba en lo esencial. Refería que su marido, ya en el disfrute de la ayuda pecuniaria, había ido dos veces a Italia, lo que no concordaba aparentemente con la repetida manifestación de aquél de haber pasado un año entero en el país latino. La carta de don Miguel lo aclara todo. Una vez doctorado, «Fray Lesco» abandonó su destino en Guadalajara dejando un sustituto, y aprovechó las vacaciones para hacer viaje a Canarias y presentarle la mujer a su madre. Pensaba luego seguir con ella a Italia, pero le sobreviene el embarazo en un estado especial de delicadeza por efecto de un aborto, que logra detenerse pero que exige luego escrupulosos cuidados. Debió pasar entonces por una gran zozobra. Dejemos que él mismo, en carta fechada en Las Palmas a 14 de diciembre de 1900, nos describa sus sentimientos:

«Con ello se vinieron a torcer mis planes, pues ya no podía realizar el viaje con mi mujer y tampoco me atrevía a emprenderlo solo, dejándola por tanto tiempo. Me ví combatido aquellos días por verdaderas tribulaciones: no sabe V. qué malos ratos pasé. Muchas veces me resolví a renunciar al viaje pero casi me espantaba la tal idea. Me parecía que, de no hacerlo, quedaba condenado a ser por siempre escribano: este pensamiento me horrorizaba.»

Imaginó entonces pedir prórroga de su beca a la Junta del Colegio de la Universidad. Pero tanteó el terreno y alguien le convenció de que era una pretensión imposible.

«En este estado concebí un plan que voy a descubrirle con toda la ingenuidad de mi corazón. Confiado en la proverbial in-

dolencia de la Junta y en la irregularidad con que se ha realizado más de uno de estos viajes al extranjero, me decidí a tomarme por mí mismo la prórroga, pero de modo que lo ignorasen los superiores: ir a Salamanca en septiembre, examinarme, marcharme a Italia, permanecer allí dos o tres meses, volver ocultamente a Canarias y quedarme hasta marzo, fecha en que mi mujer ya habrá salido de sus ciudados, de manera que podamos emprender el verdadero viaje, cuya duración pensaba prolongar, por lo menos, hasta marzo del siguiente año.

Y tal como lo pensé lo hice. Aquí me tiene V. desde el 10 del corriente. Costábame el amaño algún gasto extraordinario; pero todo lo daba por bien empleado con tal de alcanzar mi propósito. Apenas llegado a ésta, recibo su gratisima reexpedida en Turín. No es decible la tremenda impresión que me ha producido, precisamente por la grandísima benevolencia que encierra para conmigo y que me confunde y humilla sobremanera.»

«Fray Lesco» le explica a continuación que durante su permanencia en Italia supo su nombramiento de Rector, que le produjo singular satisfacción por lo que podrá significar de renovación y de progreso «para esa vieja escuela, por la que siento verdadera chifladura». Supo también de una conferencia que el maestro había dado en Madrid y añade:

«En un momento de entusiasmo estuve por escribirle, felicitándole por nombramiento y discurso; pero desistí, temiendo que V., dada su fácil comunicabilidad con sus discípulos, emprendiese larga correspondencia conmigo y me estorbase mis planes. Si por suerte mía hubiese permanecido algunos días más en Turín, allí hubiese recibido su carta y entonces me hubiese tenido que quedar. Hubiera sido una fortuna.»

Y después de expresarle que le habla con llaneza que quizá llegue a desenvoltura, pues no es al superior sino al maestro y amigo a quien escribe, termina confiándole:

«Ahora bien, me pongo incondicionalmente en sus manos y acepto cuanto gustoso V. haga, en mi favor o en contra mía. Si

usted juzga inevitable que yo desista de reanudar el viaje, estoy dispuesto a devolver las cantidades recibidas. Sólo le suplico en este caso que me lo avise y que oculte cuanto llevo dicho y yo giraría enseguida la suma y remitiría un oficio renunciando al viaje, por cualquier motivo, v. g. por razones de salud. Si V., en cambio, estima realizable mi pensamiento y tolera que me quede aquí y emprenda el viaje para marzo, espero que también me lo comuníque. Cuente V. en este caso con que no se sabrá nada de mi estancia aquí, pues he tomado medidas que me parecen eficaces para lograrlo. Ni siquiera lo sabrá la familia de mi mujer. Si V. preocupándose con extremada benevolencia en mi favor, encontrase alguna otra solución, quedo de antemano agradecido y espero con ansia saberlo.»

El resto de la carta, la más larga que nunca le escribiera, la consagra Doreste a contarle sus primeras impresiones de Italia, y sus vacilaciones en cuanto al plan de sus estudios, confesándole su inclinación a las ciencias sociales y que su espíritu es algo inquieto y se ve solicitado de opuestos estímulos.

Es una verdadera lástima que se haya perdido la respuesta de Unamuno, que a juzgar por el auténtico *mea culpa* que seguidamente, sin duda a vuelta de correo, pues aparece fechado el 24 de enero de 1901, le hace llegar «Fray Lesco», debió ser un verdadero sermón reprobador, muy al estilo de las catilinarias que a lo largo de toda su vida prodigó sin tasa aquel genial cascarabias. Doreste comienza diciéndole:

«Mi respetable y querido maestro:

Mi natural carencia de sentido práctico y el atolondramiento con que escribí mi anterior, fueron la causa de que yo le comunicara mi situación, pidiéndole a la vez su apoyo para darle alguna conveniente salida. Después, a sangre fría, he visto claro que nunca debí haber hecho tal cosa, atendiendo a la obligación que le impone su cargo de Rector, y han sido bastantes los malos ratos que he sufrido pensando en el compromiso en que le ponía. Debí comunicárselo oficialmente para que V. obrase con libertad como Rector. Su grata última así me lo revela. De ella

también infiero que no ha dado V. parte a la Junta y, a lo que parece, no está determinado a hacerlo, pero sí a obrar con energía si acaso llegase a trascender a ella lo sucedido. Harto favor me hace V. con no denunciarme y por ello le estoy reconocidísimo. Me basta ello para comprobar sus excelentes intenciones respecto de mí; pero no me extrañaría, antes bien me parece un elemental deber de su cargo, el que V. velase por la disciplina con más interés que el acostumbrado. Sólo sentiría ser yo la primera víctima; pero en ese caso no me quejaría de V. sino más bien de mí mismo y de mi mala estrella.»

El correspondiente especifica a continuación lo que piensa hacer: que su mujer se quede al lado de su madre hasta que pueda emprender viaje con persona conocida y en buenas condiciones de salud, y respecto a él está dispuesto a volver a Italia en cuanto ella dé a luz, que será muy pronto. Sólo espera que don Miguel le diga si la Junta se ha enterado, y en ese caso qué acuerdo ha tomado. Esboza luego las razones por las que desea volver a Italia, que constituyen un verdadero diagnóstico de un endémico mal de estas islas, cuya nocividad ha llegado casi hasta nuestros mismos días:

«Cada día me siento más sugestionado por volver a Italia. Quisiera se deba a la sepulcral carencia de ideas que domina en este rincón del Atlántico, agravada por un aluvión excesivo de literatura periodística, vacía, contrahecha y sentimental: se pierde el hábito de pensar. Por otra parte el riguroso y estrecho autodidactismo a que se ve reducido el que quiere estudiar algo, me cansa y hastía sobremanera y no puedo acabar de ver las ventajas que dicen que tiene tal forma de aprender.»

Y por si el Rector quisiera obrar en su asunto sin tapujos ni disimulo alguno, le envía un oficio dirigido a la Junta, explicándole lo sucedido y apelando a sus generosos sentimientos. Pero, añade, si la Junta *«llevada de su celo por el mantenimiento de la disciplina adoptase acuerdo que de todo en todo contrariase mis deseos, yo desde luego lo acataría de buen grado, por más opuesto que fuese a mis aspiraciones y por grave que resultase a mis pobres intereses»*.

EL BECARIO EN BOLONIA.

No debió ser necesaria la presentación de este oficio, pues que hoy se halla en el Archivo de Unamuno y no en el de la Universidad, donde debió estar en caso contrario. De todos modos el problema tuvo favorable solución y ya a fines de febrero «Fray Lesco» le acusa recibo a don Miguel de su respuesta y con ella la orden de partir. Le comunica que adoptará Bolonia como residencia, porque tiene allí un amigo de Salamanca que le viene proponiendo que se traslade y contándole maravillas del movimiento de aquella Universidad. Halagando la faceta de lingüista de su maestro, le adjunta un pequeño vocabulario «*de voces que el pueblo usa a diario*», entre las que cree que hay algunas supervivencias del antiguo idioma guanche y que van especialmente marcadas.

A principios de abril de 1901 está ya Doreste en Barcelona de paso para Génova. Don Miguel había tenido algunas cuestiones con sus compañeros de claustro y «Fray Lesco» temió que fuera a dimitir, por cuya razón retrasó su salida de Canarias. Ya tranquilizado, le comunica su viaje y con referencia a los conflictos en que el Rector se ha visto envuelto le dice:

*«Respecto de la persecución que V. ha sufrido, no soy yo competente ni para apreciarla, ni para hablar de ella. Permita V. sin embargo que le manifieste que, tras la obcecación de la opinión, espero que se vea al fin la rectitud y alteza de sus intenciones de V. en las que tengo fe ciega»*².

En Bolonia, como ya expliqué anteriormente, estuvo «Fray Lesco» hasta fines de enero o principios de febrero de 1902. Desde allí escribe a Unamuno varias cartas, de las que se conservan las fechadas en 24 de abril, 26 de julio y 29 de diciembre de 1901. Le da cuenta de la marcha de sus estudios y de los profesores

² La actitud de Unamuno respecto a la jubilación de su antecesor en el cargo produjo un movimiento en contra suya en la Universidad. Vid. José Tarín Iglesias, *obra citada*, pág. 127, que refiere a Emilio Salcedo: *Vida de don Miguel*. Salamanca, Anaya, 1964.

que más destacan en la Universidad: Costa y Brini, dos notabilidades en Derecho Romano, y otras verdaderas eminencias en otras ramas del Derecho. Confiesa, sin embargo, que los estudios literarios y filosóficos son los de su mayor predilección y que en ese campo sí que hay donde escoger: Pilo Mario, que explica un curso libre de Estética; Carducci, el gran poeta, profesor de literatura italiana... y tantos más. Le pide, aunque le sea enojoso, que le libren la mitad de la pensión —que era de cuatro mil pesetas al año— antes de que se cierre el ejercicio económico, y por último le anuncia a su corresponsal que ya tiene preparado el material para su reglamentaria Monografía, que habrá de versar sobre el estado actual de los estudios filosóficos del Derecho. «Fray Lesco» tardó algunos años en terminarla, pues en el curso de la sucesiva correspondencia vuelve algunas veces sobre el tema, excusándose repetidamente de no haber podido darle fin.

DE REGRESO EN LA ISLA, PERIODISMO ACTIVO.

Ya en Las Palmas, y con fecha 25 de marzo de 1902, Doreste da cuenta al maestro de su regreso y le acusa recibo de una carta suya de diciembre, que no pudo contestar a su debido tiempo porque se hallaba enfermo en Bolonia, donde por esta razón tuvo que permanecer más tiempo de lo que pensaba.

«No puedo ocultarle —le dice— que su carta me produjo una satisfacción inmensa, pues su silencio de V. para conmigo me hacía pensar una serie de cosas que me intranquilizaban y desconsolaban. Por muchas razones y entre ellas por el afecto que sigo teniéndole, quisiera que siguiera V. dispensándome su amistad y su comunicación, que me aprovechan no poco. Sobre todo le agradecería que continuase alentándome, pues soy enfermo de la voluntad y siento desmayos insuperables en la desesperada lucha por la existencia para la que tengo tan pocas aptitudes.»

Este verdadero desahogo cordial da idea de la confianza que don Miguel llegó a inspirar a «Fray Lesco», de la que nos suministran abundantes pruebas muchas de las cartas posteriores. Le

habla con frecuencia de sus problemas y de sus ilusiones. Así en una epístola datada el 22 de junio de 1902, le dice que acaba de saber que su compañero Eusebio Díaz ha obtenido ciertos derechos a desempeñar la primera auxiliaría que vaque en aquella Facultad de Derecho y aunque las probabilidades de alcanzar cátedra por este medio son bastante lejanas, le lisonjearía mucho contar con idéntico privilegio y poder realizar, aunque fuera a muy largo plazo, su sueño dorado de siempre. Por ello le pide que lo entere y le aconseje acerca de lo más prudente y eficaz que él de su parte pudiera intentar tanto en Salamanca como en Madrid. Sobre estos problemas le demanda igualmente consejo: el movimiento social obrero, que tantas horas de estudio y de labor orientadora y divulgadora habrán de llenar en la futura existencia de «Fray Lesco». Anuncia que aprovechando las cuatro ideas adquiridas en Italia, ha lanzado unos cuantos artículos en los periódicos y que, con espanto, se ve metido en esa corriente y casi obligado a dirigirla. Como no está cerca del maestro y por carta es largo y enojoso que le explique sus pareceres en estos problemas, se contentaría con que él le indicase las obras que más le gustan y que mejor consuenen con su pensamiento.

Unos seis meses más tarde, el 8 de enero de 1903, Domingo Doreste, con verdadera sencillez, en la que, sin embargo, trasluce cierto fondo de irreprimido desconsuelo, y para justificarse de no haberle mandado todavía su Memoria sobre la crisis de la filosofía del Derecho, le da a Unamuno una noticia que asumiría relieve señalado, yo diría que hasta histórico, en el transcurso de sus días futuros: se ha dedicado al periodismo. Veamos cómo él se lo explica:

«Apreciado maestro:

Cada vez que tengo que escribirle me asaltan dudas de si V. estará molesto conmigo por no haber ya mandado la memoria; y verdaderamente no sé qué disculpas darle. Aquí me han dedicado al periodismo, y como me retribuyen decentemente y además necesito de lo que gano, no he tenido más remedio que apechugar con la nueva profesión, que me quita tiempo, calma y, lo que es peor, hábito de estudio. Siempre he de vivir yo contrariado. Sin

embargo no lo abandono y siempre que puedo me refugio en mis libros, tanto por cumplir con mis compromisos para con esa Escuela, como por el descanso que en ellos encuentro. Así es que la memoria irá más tarde de lo que creía, pero no dude V. de que irá.

Por aquí se espera a Ramiro de Maestu. No sé a punto fijo cuándo vendrá, ni qué le atrae a estas islas. Creo que es amigo de V. Yo, aunque no le conozco, pienso saludarle.

He recibido una tarjeta de felicitación de V. que agradezco con toda mi alma. Sírvale la presente para manifestarle mi sincero deseo que V. pase un año feliz y que esa Universidad señale con piedra blanca el 1903.

Suyo siempre affmo.,

Domingo Doreste.

García Tello, 4. Las Palmas. Enero 8/903.»

Se produce a la sazón una ancha cisura, la primera, en el mantenido flujo epistolar entre estos dos hombres. En 25 de abril de 1905, en carta fechada en la calle del Amparo de Guadalajara, algo más de dos años de su carta anterior, «Fray Lesco» vuelve a corresponder con don Miguel. Le anuncia que metido, más bien por la fuerza de las circunstancias que por afición, en el periodismo desde hace años, ha fundado en Canarias, en unión de Rafael Ramírez, un diario que ha logrado ser el primero de aquella provincia, «La Mañana», que pone a su disposición. En un reciente banquete de la República de las letras del que habla la prensa de la Corte, Unamuno había invitado a una general arrendada contra los rotativos. Doreste le explica la semejanza de su mutua actitud:

«... y ha sido tema constante de mis artículos el desautorizar y desenmascarar a los grandes periódicos de Madrid, haciéndolos pasar por unas grandes y aparatosas ñoñeces, indignos de ejercer el monopolio del periodismo. Al mismo tiempo he procurado demostrar que una de las cosas que más eficazmente crearían opinión y adelantarían el país, sería la creación de una prensa de

provincias independiente, bien hecha y que dejara de ser una glosa de la de Madrid. Todo esto, no por rencillas de oficio, sino por creerlo de buena fe.»

De nuevo en Las Palmas, al regreso de su segundo viaje a la Península, después de ser escribano con permiso —el primero lo efectuó en mayo de 1903— «Fray Lesco» escribe a Unamuno en 24 de diciembre de 1905 para felicitarle por sus trabajos en «La Correspondencia», «agitándose y agitándonos saludablemente» y por el año nuevo, pidiéndole de paso un autógrafo para un amigo coleccionista ³.

UN LIBRO DE UNAMUNO.

Al cabo de poco más de un mes, el 9 de febrero de 1906, «Fray Lesco» envía a don Miguel una nueva misiva para acusarle recibo de un libro suyo dedicado que acaba de llegar a sus manos y de cuarenta ejemplares del mismo que ha colocado en varias librerías, según indican los recibos que le adjunta. Aunque no da el título, sé que se trata de «La vida de Don Quijote y Sancho» que a fines del año anterior había editado la Librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, de Madrid. Era la primera obra de gran aliento que el escritor daba a las prensas. Había publicado hasta entonces «En torno al casticismo», en 1895; «Paz en la guerra», en 1897; «Nicodemo el fariseo», en 1900; «Amor y pedagogía», en 1902; «Paisajes» y «De mi país», colecciones de artículos en 1902 y 1903 ⁴. El ejemplar que recibió «Fray Lesco» venía dedicado así: «A D. Domingo Doreste, su amigo Miguel de Unamuno». En la misma página de la dedicatoria, Do-

³ Se trataba de don Presentación Suárez, que llegó a reunir una nutridísima y valiosa colección, avalorada con las firmas de los hombres más eminentes de aquellos tiempos en todos los terrenos del arte y del saber, y que hoy forma parte de los ricos fondos que atesora la Casa-Museo de Colón de esta ciudad.

⁴ Bernardo Villarrazo: *Miguel de Unamuno Glosa de una vida* Barcelona, Editorial Aedos, 1959, pág. 265, donde se recoge la bibliografía unamuniana ordenada por el profesor Luis S. Granjel, de la Universidad de Salamanca

mingo Doreste puso sobre su firma, y de su puño y letra, la nota siguiente:

«Las correcciones hechas con lápiz en las márgenes de las hojas, son de la mano del propio autor, que sin duda había escogido el presente ejemplar para anotar las erratas de la edición.

El poseedor tiene a gran honra esta circunstancia, que avalora extraordinariamente para él este ejemplar.

Las Palmas, febrero 20/1906.»

En el acuse de recibo «Fray Lesco» le dice que no se haga ilusiones respecto de la venta pues el público de aquí lee todavía menos que el de la Península, pero con todo hará cuanto pueda y le dará publicidad a la cosa. Cumpliendo su promesa, el escritor canario consagra al libro, efectivamente, dos largos artículos que aparecen en el diario «La Mañana» de los días 7 y 8 de marzo del mismo año⁵, en los cuales glosa atinadamente y con justo enfoque el contenido de la obra que, como es bien sabido, levantó muchos comentarios y hasta provocó la famosa frase del General Primo de Rivera, sañudo enemigo de don Miguel, en la que afirmaba que Unamuno trataba de negarle a Cervantes la paternidad del Quijote. «Fray Lesco» sintetiza el pensamiento del genial pensador vasco en aquella conocida paradoja: «No en creer lo que no vimos, sino en crear lo que no vimos, en eso está la fe».

En esta misma carta el periodista canario le habla a Unamuno de un reciente artículo suyo, titulado «La crisis del patriotismo», que ha saboreado con delicia pues es un semillero de ideas. El se complacería en saquearlas, le dice, por esta razón:

«Sus ideas de V. en punto a militarismo y otras muchas cosas, concuerdan con las que hemos venido sosteniendo aquí, al-

⁵ En su documentado y hondo estudio *Unamuno en Canarias*, Universidad de La Laguna, 1964, que repetidamente volveremos a citar, el erudito profesor don Sebastián de la Nuez sufre un error, posiblemente tipográfico, al referirse al primero de estos dos artículos —pues fueron dos sobre el mismo tema—, dando como fecha de inserción el 7-VII-1906, cuando en rigor es 7-III-1906. El 7 de julio «Fray Lesco» estaba ya en Guadalajara.

gunas veces con timidez, porque nos falta la incitación que pudiera venirnos de ahí, si hubiese muchos que escribiesen con el desenfado que V. Así es que le repito las gracias porque el artículo ha sido para nosotros una bandera. Espero con ansia leer el que me anuncia se publicará en "Nuestro Tiempo".»

Y como una confirmación de las tesis unamunianas el mensajero canario añade:

«Aquí estamos infestados de militares; y como ahí ha cundido la especie de que en Canarias no se necesitan sino soldados y cañones, las guarniciones se van aumentando y esta tierra se va convirtiendo para los gobiernos en un plantel de colocaciones; ni más ni menos de lo que eran antaño las colonias. Todo ello, como V. adivinará, con merma del patriotismo, que aquí ha sido siempre bastante puro.»

Este fenómeno que «Fray Lesco» denuncia con apropiado dictamen, y del que tanto oímos hablar los hombres de mi generación, llegó a tener tan alto bordo como para crear una incómoda tensión y una sensible tirantez entre militares foráneos y paisanos indígenas que en algunas ocasiones degeneraron en sangrientas reyertas. El histórico pliego acaba con una encarecida invitación, reiteradamente formulada después, que tardaría todavía algunos años en formalizarse:

«¡Cuánto daría yo porque V. echase una escapada a estas islas y las estudiase! Creo desde luego que V. entroncaría esta alma con la castellana y andaluza; pero quizá encontraría diferencias y matices interesantes.»

LA LARGA RESIDENCIA DE «FRAY LESCO» EN CASTILLA.

Desde principios de junio de 1906 ya está «Fray Lesco» en la Península, que no abandonaría durante casi cuatro años. Antes de partir tuvo ocasión de comentar en su periódico el viaje que hizo a las islas el Rey Alfonso XIII, que arribó al puerto de la

Luz el 30 de marzo de 1906, y que en el contexto histórico de aquellos años constituyó un acontecimiento memorabilísimo, de los que luego se imbrican en el recuerdo secular de las gentes con perfiles que van trocándose paulatinamente en legendarios. Los seis artículos que «Fray Lesco» dedica al viaje regio⁶ se ocupan de aspectos adjetivos del suceso —la nota estética del adorno de las calles, la nota pintoresca de la presencia de muchos jefes moros, la nota amarga del mal gusto de cierta ornamentación, las pequeñas leyendas del viaje, etc.— pues el diario formuló, como todos, un solemne cuadro de aspiraciones y de demandas, algunas de las cuales, al cabo de setenta años, siguen teniendo acuciante vigencia.

Cercanos ya geográficamente uno y otro corresponsal, sabemos que fueron bastantes frecuentes sus contactos personales. De algunos de ellos queda incluso constancia escrita en los artículos en que «Fray Lesco» se ocupa de don Miguel en su periódico de Las Palmas. Una primera larga visita en septiembre de aquel mismo año, 1906, cristaliza en un espléndido artículo que publica el diario y que si no fuera porque alargaría desmesuradamente este trabajo, valdría la pena reproducir íntegramente⁷. Sorprende descubrir como son coincidentes los juicios de Unamuno con los de su entrevistador, en especial los que atañen a problemas religiosos para los que ambos se hallaban particularmente sensibilizados. El artículo comienza así:

«Unamuno habla como escribe y escribe como habla. Naturalmente y sin fatiga pare los conceptos y los eslabona con una lógica errabunda y flexible, casi saltando de uno a otro. La última vez que hablé con él fue hace pocos días en Salamanca. Me leyó un artículo, cuyas cuartillas, aún frescas sobre la mesa, se disponía a mandar a "El Imparcial". Lamentábase en él de esta indudable muerte por frío que parece el paradero de España.»

Añade que también la política, a juicio de Unamuno, muere de frío. Cada vez le entusiasmaban más sus paisanos, los bizcai-

⁶ «La Mañana», días 13, 21, 26 y 29 de marzo, 6 y 7 de abril de 1906.

⁷ *Idem*, 24 de septiembre de 1906. Se intitula *Al día De Política. Hablando con Unamuno*.

tarras, especialmente cuando andan a palo limpio. Este entusiasmo se lo ilustró don Miguel con una anécdota reveladora:

«Tengo en Bilbao un amigo, me decía, honradote y liberal, que no se mete con nadie, que no se las echa de librepensador, pero que tampoco va a misa. Sorprendióme mucho saber que había ido de escapulario y cirio en una procesión, precisamente cuando éstas provocaban sendos conflictos en las calles. Una vez que estuve en Bilbao le pregunté: pero hombre, ¿cómo se explica...? —Nada, me contestó; yo no podía soportar que éstos que se llaman liberales estorbasen violentamente un acto del culto; y entre liberales y católicos, opté por estos últimos y me armé de un enorme escapulario por defuera, y de un revólver, que llevaba en el bolsillo. Si en lugar de ser una procesión hubiera sido un entierro civil y la perturbación hubiera partido de los católicos, me hubiera ido con el cortejo. No pude menos de reírme y de darle la enhorabuena.»

Y apostilla, con el sentido profético genuino que siempre tenían las palabras de aquel verdadero iluminado:

«Pues bien, esta sinceridad con este respeto de la libertad de cada uno es la que se echa de menos en la política española en general. Estas virtudes cívicas no engendran conflictos, antes bien los previenen y los evitan; y si el conflicto, a pesar de todo, se viene encima, ellas lo resuelven sin lastimar personas ni creencias.»

También hablaron los dos amigos largamente de Canarias, pero «Fray Lesco» dice que debe callarse esta parte del coloquio en la que él tuvo que hacer el gasto. Encontró en Unamuno una gran curiosidad por conocer el estado social del país canario. A propósito de la costumbre, entonces tan generalizada entre los pueblos pobres, de asediar al extranjero pidiéndoles moneda, don Miguel refirió a Doreste un sabroso cuento de Carducci.

«Volvió el poeta de Suiza a Italia, en coche, y ya cerca de la frontera acercáronsele unos alemanes y le pidieron la venia para conocerle y hablarle.

—¿Sois por ventura poetas?, les preguntó Carducci.

—Sí, contestaron. No hemos nunca compuesto versos; pero todos los alemanes somos poetas. Prueba de ello es que deseamos entrar en Italia estrechando la mano de su primer vate.

Carducci los hizo subir al carruaje. Llegando a la frontera, un tropel de chiquillos se abalanzó al coche, pidiendo "un soldo, per carità". Los extranjeros les arrojaron un puñado de monedas. Pero Carducci no pudo contener la indignación. Ordenó parar al cochero, se apeó de un salto y con ademán imponente dijo a sus acompañantes: Señores míos, esto es un insulto; abajo y lejos de aquí.

Los extranjeros le besaron la mano y se alejaron cabizbajos y confundidos.»

La pequeña distancia relativa que durante estos cuatro años de estancia castellana de «Fray Lesco» lo separaba de su interlocutor, aclara que de todo aquel período nos hayan llegado solamente tres cartas. En la primera, desde Guadalajara, datada el 4 de diciembre de 1906, Doreste le habla de una recomendación de Unamuno relacionada con una vacante que habrá de cubrirse por antigüedad, y le agradece la eficacia de su gestión. Debe de referirse a un puesto de escribano en un juzgado de Salamanca, que él pasaría a ocupar a fines de 1907 o comienzos del 8. Lo felicita por su renovada vena poética y le habla de su reciente discurso en el Ateneo de Barcelona. Ese discurso del catedrático salmantino fue pronunciado a fines de octubre de 1906 y tuvo gran resonancia, dentro y fuera de Cataluña. El escritor estuvo siempre muy vinculado a la ciudad condal. Había comenzado a colaborar en periódicos catalanes muy prontamente. Por cierto que uno de sus primeros artículos en revistas de aquella región, quizá el primero, apareció en una de carácter ácrata, «Ciencia Social», y se titulaba: *La dignidad humana*⁸. En Barcelona se editó «Amor y pedagogía», su segunda novela, según refiere Tarín Iglesias en su obra citada⁹, por la firma Editorial Henrich y Com-

⁸ Pedro Corominas: *La trágica fi de Miguel de Unamuno*, «Revista de Catalunya», núm. 83, febrero 1938; citado por José Tarín Iglesias: *Unamuno y sus amigos catalanes*, pág. 61.

⁹ José Tarín Iglesias: *Obra citada*, págs. 100 a 105.

pañía, en una colección que se tituló «Biblioteca de Novelistas del Siglo xx», y no en Madrid, como hemos leído en otras bibliografías. El discurso de don Miguel discurrió como lema genérico sobre *El imperio de la mentira*, y en él se ocupó de temas entonces tan candentes como la cuestión agraria, el egoísmo nacional, la Castilla dormida, lanzando además un furibundo ataque contra la famosa Ley de Jurisdicciones, promotora de tantos conflictos históricos. Para estar a la altura del tema, Unamuno, parodiando el hábito de terminar con vivas las arengas públicas, acabó la suya dando un estentóreo ¡Viva la verdad!¹⁰.

El segundo mensaje, bastante largo, fechado el 12 de enero de 1907, se extiende en detalles sobre las ventas del libro «Vida de don Quijote y Sancho» en las librerías de Las Palmas, pues la poca seriedad de alguno de los librereros, elegidos por el propio Doreste, le tenía preocupado. Vuelve a hablarle de la escribanía de Salamanca y de su deseo de trasladarse a la ciudad del Tormes por estimar que ésta va subiendo de nivel intelectual y está en camino de constituir un centro de irradiación de cultura. Insiste al final «Fray Lesco» en celebrar que el maestro se haya engolfado en la poesía, deseando leer pronto sus versos. Un libro de poemas sería, en efecto, el primero que publicara don Miguel en el curso de aquel mismo año 1907 en la ciudad de Bilbao. La tercera carta, enviada desde Guadalajara el 18 de febrero siguiente, última de esta serie, vuelve a mostrar la contrariedad de «Fray Lesco» por lo reacios que se muestran los librereros de Canarias a entregar el dinero de los libros vendidos. El asunto, como se ve, ha provocado ya varias puntualizaciones, pues sin duda don Miguel apremiaba a Doreste. No tengo referencias dignas de crédito de cuál fuera el talante de Unamuno frente al dinero, aunque de antemano disculparía su actitud el hecho bien conocido de que tenía a su cargo una familia de ocho hijos. De «Fray Lesco» si sé que siempre fue liberal, dadivoso. Bastarían para acreditarlo los sacrificios pecuniarios que le costó sostener en muchas ocasiones la Escuela de Luján Pérez y la ayuda generosa que hasta que

¹⁰ «La Mañana», 31 de octubre de 1906. La amplia reseña debió de ser enviada por «Fray Lesco», que seguía siendo nominalmente director del periódico.

murió hubo de prestarle a su gran amigo y compañero el pintor Juan Carlo. Del profesor de Salamanca existe, en cambio, una leyenda, que más que nadie contribuyó a extender José Pla con su famosa biografía de Santiago Rusiñol, que nos lo pinta bajo especie de tacañería. El gran escritor catalán ha sido siempre un poco maldiciente, y como hombre de temperamento exuberante bastante dado a recargar las tintas. De todos modos tiene mucha gracia una anécdota que refiere Tarín Iglesias en su precitado libro y que pone en boca de Eugenio Montes. Dice que cuando don Manuel Aznar se incorporó por segunda vez a la dirección de «El Sol», solicitó de Unamuno que continuara su colaboración, y que al preguntarle cuánto quería cobrar por artículo, don Miguel, sin inmutarse, contestó: —Una peseta más que Ortega.

La ocurrencia en rigor es más expresiva de la vieja incompatibilidad de Unamuno con Ortega, que se remontaba a los tiempos en que éste quiso inútilmente afiliarlo a su «Liga de Educación Política Española», a comienzos de 1914, que de una verdadera cicatería ¹¹.

En esta misma carta caracense, Doreste le reitera sus deseos de que visite su tierra, deteniéndose allí unos días, en el viaje que el profesor proyectaba hacer a América del Sur.

«Creo que sería una visita fructuosa para mis paisanos. Tienen éstos hambre de ideas. Desearía que usted conociese aquel país y me ayudase a formar juicio sobre él y por ello tal vez sobre mí mismo.»

¹¹ Con el título de *Vieja y nueva política* dio don José Ortega y Gasset una conferencia en el teatro de la Comedia de Madrid el 23 de marzo de 1914. El acto se encaminaba a dar a conocer la «Liga de Educación Política Española», recién fundada por un grupo de escritores y profesores, entre los cuales figuraban Azaña, Américo Castro, Salvador de Madariaga, Ramiro de Maeztu, Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, etcétera Ortega viajó a Salamanca para obtener la adhesión de don Miguel, pero éste se la negó, fiel a su permanente actitud antipartidista, diciéndole que él siempre sería en su propio partido el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y que en cuanto otro se afiliase se daría de baja en él.

(Melchor Fernández Almagro: *Historia del reinado de Don Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, S. A., 1934, págs. 246 y 247; y

E Villarrazo: *Obra citada*, pág. 81)

EL ESTRENO CANARIO DE «LA ESFINGE»

Se abre después de esta misiva un segundo y más largo corte en la relación epistolar de Unamuno y «Fray Lesco», al regresar éste a Canarias, con permiso oficial, a comienzos del año 1910. Pero ya hemos visto que con anterioridad continuaban frecuentándose, ya que no carteándose, puesto que los dos vivían en Salamanca, adonde el escribano canario se trasladó a mediados de 1907. Nos da testimonio de esta frecuentación —aparte de otro artículo aparecido en «La Mañana» de Las Palmas el 31 de julio de ese mismo año¹²— el banquete que en su ciudad rectoral le ofrecieron a Unamuno con motivo del estreno en Las Palmas de su drama «La Esfinge». Esta pieza teatral fue puesta en escena en el «Pérez Galdós», por la compañía de Federico Oliver y Carmen Cobeña, el 24 de febrero de 1909¹³. Era la primera obra teatral del autor y un estreno nacional. Para celebrar el suceso los amigos de don Miguel se reunieron con él en una comida homenaje. Entre los recortes que piadosamente fue reuniendo toda su vida doña Paz Grande, esposa de «Fray Lesco», figura uno con la reseña del acto. Domingo Doreste la ofreció con las siguientes palabras:

«No sé por qué ley de gravitación dicen que pesa sobre mí el deber de hacer un brindis. Me lo apuntan los amigos de la derecha y de la izquierda. Yo no me considero iniciador ni organizador de este banquete íntimo. Sin ofensa de nadie, puede decirse que se ha organizado por sí mismo. Nos hemos reunido para celebrar el éxito de una obra dramática, estrenada lejos de aquí. Quizá la circunstancia de haber sido estrenada en la tierra

¹² Es curioso que en este artículo «Fray Lesco» diga a propósito de don Miguel: «Es del todo irregular su amistad y su comunicación. No sirve para la tertulia, por más que sus amigos se empeñen en hacérsela» El trabajo estudia la influencia personal del maestro en los jóvenes universitarios, pues aunque no hace discípulos a su imagen y semejanza, tiene un sinnúmero de entusiastas que no le pierden de vista. «Donde menos se cree anda escondida su influencia.»

¹³ S de la Nuez: *Unamuno en Canarias*, págs 17 a 23

donde nació, sea la única razón que justifique el haber tomado la palabra. Pues bien, señores, ya que brindo por el éxito de la obra, permitidme que desahogue los dos sentimientos que embargan mi alma en este momento: el de la vieja admiración que siempre he sentido por el señor Unamuno y el del amor inextinguible a mi tierra, perdida entre los mares.»

En su improvisada respuesta don Miguel, entre otras cosas, dijo lo siguiente:

«Cuando recibí la primera noticia llegada de Canarias, no le di crédito. Aún no se lo doy, sin que esto sea pensar mal de la cultura de aquel público, de la que tengo algunas muestras. Sigo, a pesar de cuanto me dicen, sintiendo verdadera antipatía por el teatro y lamentaría que esta ocasión fuera para mí una tentación irresistible de reincidir. Conste, sin embargo, que lo haría contra mi voluntad. Es triste, muy triste, el papel del autor. El teatro no es más que un espectáculo; el autor vale en él mucho menos que el actor. Pero es todavía más triste pensar que un hombre pueda poner su alma en un libro y no ser leído; que un escritor haga un drama, y aun siendo él lo último del espectáculo, le retribuyan su trabajo espléndidamente. Podré reincidir por móviles caseros, pero siempre tendré en más las obras en las que he dejado pedazos de mi alma e insomnios de mi inteligencia que esa "Esfinge", así me la han bautizado, en la que sólo hay mio algo de impudor y mucho de tedio.»

Debió de haber sido escrita también en esta etapa de la residencia peninsular de «Fray Lesco» una carta sin fechar de Unamuno a Doreste con la que le devuelve, dándole su conformidad y añadiéndole unas notas, una entrevista que el escritor canario le dedicó en una publicación profesional de Madrid. Don Miguel pone en sus notas especial énfasis en que el entrevistador exalte más la ignorancia en que se vivía entonces de las cosas de Canarias, «*acaso porque los canarios viven con la vista más puesta en América que en la Península*», subrayando seguidamente: «*¿Cuántos peninsulares, no siendo empleados o militares, van a Canarias por conocerlas, por pasar una temporada, por turismo,*

*etcétera?»*¹⁴. Tendrían que pasar muchos años para que se corrigiera esta ignorancia, que ya bastante disipada en el conocimiento turístico, tiene todavía cierta nociva vigencia en el terreno oficial en cuanto concierne a muchas específicas peculiaridades de nuestros problemas.

«FRAY LESCO» EN LAS PALMAS: LA PRIMERA VISITA DE UNAMUNO.

Doreste vuelve a su isla, para fijar en ella definitivamente su casa y luego su oficio, a fines de enero de 1910. El primer pliego que hace llegar a su maestro, apenas arribado, el 10-XI-1910, se abre con instrucciones para que le escriba directamente al librero, que había pasado a ser nuevo propietario de la tienda que aún tenía pendientes ejemplares de la «Vida de don Quijote y Sancho». Le explica seguidamente que al volver a su tierra después de cuatro años de ausencia, ha recogido en unos artículos las impresiones que le ha producido su ciudad natal. Uno de ellos finge una carta abierta a don Miguel, y para que la ficción no sea completa le manda el recorte. Aborda en ella problemas culturales. Las islas miran a Europa en materia de cultura, pero se europeizan a la americana, es decir, la gente se entera tarde y mal, por vía de información, no de estudio. No se ha llegado a adquirir un concepto europeo de la ciencia, del sabio, del progreso. El hombre de ciencia es una perfecta inutilidad, en cambio el abogado viene a representar la «enciclopedia». Está esto saturado —escribe «Fray Lesco»— de abogadismo insustancial y campanudo. Por fortuna existe una curiosidad rayana en infantilismo. «*Hay una juventud, toda lozanía, albor de una generación nueva, toda esperanza. La insaciable curiosidad de estas mentes abiertas pudiera ser el punto de partida de su renacimiento.*»

Este comunicado debió impresionar a Unamuno, porque ya en su respuesta, una de las dos suyas a «Fray Lesco» que se con-

¹⁴ Alfonso Armas Ayala. *Textos inéditos de Miguel de Unamuno*, «Anuario de Estudios Atlánticos», Madrid-Las Palmas, número 9 (1963), páginas 428 y 429. La carta de Unamuno, que todavía pudo copiar Armas, cuando hizo este estudio, en el archivo familiar de «Fray Lesco», desapareció posteriormente en ignorado paradero.

servan¹⁵, le dice que ha de serle útil aquí y que en las notas que está tomando para su próximo discurso, la carta abierta figura a la cabeza del expediente. Y es que entre tanto se ha producido una reiterada invitación a don Miguel para que actúe como mantenedor de unos Juegos Florales y por fin ha accedido a venir. Su visita se convierte en el acontecimiento mayor del año, uno de los que hacen época, pues aparte la huella profunda que dejó entre sus amigos la irradiante personalidad del gran conversador, quedó para siempre el manojito de prosas inmortales, succulentas, que su visita suscitara: el prólogo al libro «El lino de los sueños», de Alonso Quesada; sus artículos en «La Mañana»; las páginas admirables, tantas veces citadas, que dedica a la isla en su tomo «Por tierras de Portugal y de España», etc.

Antes de salir para Gran Canaria recibe otras tres cartas de Domingo Doreste, dos de abril, el 7 y el 30, y otra del 10 de mayo. En la primera le refiere el magno proyecto que había concebido Rafael Ramírez, copropietario de «La Mañana», espíritu vehemente, inquieto y soñador, algo quijotesco de estampa y temperamento, de fundar en Madrid un gran periódico de carácter nacional y de factura moderna. El periódico se habría de ocupar preferentemente de las relaciones hispano-americanas, tendiendo a estrecharlas. Le piden a don Miguel que recomiende a algún diario de Buenos Aires que acoja y comente el manifiesto que han redactado, dirigido a las colonias españolas de América Latina, pues confían en que cualquier indicación suya será recibida en aquel continente con singular respeto.

A esta carta responde Unamuno con la primera en fecha de las dos suyas a Doreste a que ya nos hemos referido. La damos, sin embargo, en facsímil fotográfico como muestra de la personal y característica caligrafía del sabio profesor, porque aun sin entrar en análisis grafológicos, no podrá negarse cómo cuadra y conviene a un hombre de temple seco, aristado y a las veces agresivo, la especial conformación de esa escritura nerviosa, tendida, afilada, compacta, en la que curiosamente muchos acentos y muchos puntos de las íes asumen el trazo del acento grave francés. Don Miguel, como es bien sabido, se fabricaba sus plumas con

¹⁵ Sebastián de la Nuez: *Obra citada*, págs. 35 y 36.

EL RECTOR
DE LA
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

30 III 20

Particular

N.º D. Domingo Doreste

Por fin, mi querido amigo, por fin
contesto a sus dos cartas. Deseo luego
en carta abierta "de vuelta a las Palmas"
ha de serme muy útil ahi. Pero en ya con-
decidida el que vaya en la segunda quin-
cena de junio. Ya ve usted, solo para
eso han diferido los Juegos Florales.
Juegos Florales.... uf! ya sabe usted
la mala voluntad que les tengo, pero
los temeria, como otros veces. He escrito
de mero presinto y con tal de visi-
tar esa... Sus noticias sobre el libro
kinuo que ahi - como aqui - dominian
y la falta de conceptos europeos de la
atencia, del sabio y del progreso son
noticias que he de utilizar, usted lo
vera. En las notas que estoy formando
para mi discurso, y lo que luego iré
en carta abierta, figuran a la cabeza
del expediente.

Rinx. Doreste, el autor, me habló de
ese publico ahora, en Madrid. Y me
hizo concebir una elevada idea de él.
Hay, por lo que él me dijo, un grupo
de gentes cultas que se esfuerzan y
conservan la respetabilidad que aqui

va preguntándose. Y eso de la custodia
dada que usted me dice vale mucho.
Acaso sea cosa de isleños que van
pasar muchas gentes. Son guineos
de las islas, los hijos de Oliver, son
curiosos. Usted sabe la historia
de las sirenas, tal cual en la Odisea
se nos narra.

He pasado esta semana también en
Madrid, á donde tuve que acudir
para asuntos. Y de paso traté lo
del teatro. Oliver y la Cobena están
entusiasmados con el último drama
que les entregué, aquel - creo le he he-
blado de ello - en que transcurren 25
años de actos á actos. Quisieron basarlo
en Barcelona y Bilbao y luego en
Madrid á principios de temporada,
para que dure más. desgués de
él - en que fían mucho - darán la
"La Esfinge."

Por lo que hace á los ejemplares
de mi Quijote cuando voy á
eso lo arreglaré á mi mismo.

Estará usted entonces ahí?

Yo voy no á enseñar é informar,
si no á aprender é informarme;
y sobre todo á conocer esas islas.

sobre las que quisiera escribir luego.
Luego traerme de ahí un material
de apuntes y notas. Mi propósito
es desde luego enviar a
"La Nación", de Buenos Aires,
algunas correspondencias sobre eso
y luego hacer un libro si la ma-
teria da para ello.
y basta por hoy.
Sabe cuán su amigo es

Miguel de Manzano

3 — Carta del Rector de Salamanca, fechada 30-III-10, a «Fray Lesco»

trozos de caña en los que insertaba un plumín fino y agudo. Nunca ha podido hablarse más propiamente de pluma bien tallada.

En la otra carta, contestación de la que transcribimos, «Fray Lesco» comenta la expectación que entre los jóvenes ha despertado el anuncio de su viaje, y le pide una copia del segundo acto de «La Esfinge», o de alguna obrita inédita, para un grupo teatral de aficionados que tiene el propósito de obsequiarle con una velada. Aunque el «Teatrillo» de los Hermanos Millares puso en escena «La Venda», otra obra dramática en dos cuadros de don Miguel, en febrero de 1911, cuya copia les envió el propio autor, supongo que el grupo a que «Fray Lesco» se refiere fuera el denominado «Los Doce», dirigido por don José Rodríguez Iglesias, que durante más de veinte años, hasta bien entrada la tercera década de nuestro siglo, presentó en nuestra ciudad muchas y buenas piezas de teatro nacional y extranjero. Con relación a po-

sibles temas de conferencias en nuestra isla, el periodista canario sugiere al maestro que, dado el invencible pesimismo que aquí reinaba acerca de las cosas de España —«*nadie cree en su vitalidad ni en su progreso, no se conoce su vida interior ni se tiene idea de sus fuerzas latentes, lo que se traduce en desprecio hacia lo español por parte de infelices extranjerizados que sientan plaza de hombres superiores*»—, pudiera tomar como tema para una de sus intervenciones «*dar a esta gente una idea de la España actual*».

Don Miguel aprovechó bien la sugestión de su amigo. En los dos sonados discursos que pronunció en Las Palmas —el de los Juegos Florales el 25 de junio y en un mitín republicano, compartiendo la tribuna con Guerra del Río y Franchy y Roca, el 6 de julio siguiente— aireó el concepto de patria y el de patriotismo, oponiendo su sentido integrador como programa de vida, como ideal colectivo, como idea universal, histórica, eterna, como modo de sentir la vida ante otros pueblos, frente a los localismos, a los odios y luchas de localidades en que habíamos caído. Fueron sus palabras como recios aldabonazos en las conciencias canarias para abrirlas a la comprensión e inteligencia de los grandes problemas nacionales y mundiales. Hay que vencer el aislamiento, que puede hacer nuestra fuerza, pero hace también nuestra debilidad.

*«Si os sentís enjaulados, buscad alas que los barrotes caerán como por ensalmo. Tenéis ciudad: me dicen que de 50.000 almas. ¡Si fueran almas! ¡No sé si las hay en toda España! ¡Si hiciérais una ciudad de 6.000 almas, seríais grandes y triunfaríais! Son esas almas las que tenéis que hacer...»*¹⁶.

Una última breve carta, casi postdata de la anterior, toma como motivo pedirle a don Miguel que le envíe unos versos inéditos para publicarlos en «La Mañana», pues así lo ha hecho «Diario de Las Palmas», sugiriéndole la composición en que «*recuerda la figura del cura de su parroquia, que es una de las que más*

¹⁶ Los dos discursos, reconstruidos a base de las reseñas de los diarios canarios, figuran en los Apéndices de la obra del profesor De la Nuez, quien dice no hallarse recogidos en las *Obras Completas*, Ed Afrodísio Aguado, 1958.

me conmovieron», con lo que «Fray Lesco» da a entender que los conocía por alguna lectura privada que le hiciera el propio poeta.

La historia de los legendarios Juegos Florales de 1910 y de la detenida estancia de don Miguel en nuestra isla por aquellas calendas —llegó al puerto de La Luz el 22 de junio, en el vapor «Reina Victoria» y zarpó el día 19 de julio, rumbo a Oporto, en el barco inglés «Romney»— se halla evocada en todos sus pormenores en el libro del profesor Sebastián de la Nuez que repetidamente he citado, y al cual remito al lector curioso. En las páginas de este libro surge de vez en vez, justamente encuadrada en el contexto del relato, la presencia de «Fray Lesco» que fue, además de fiel discípulo, el amigo más antiguo y el único que le sobrevivió de los que Unamuno supo hacerse y mantuvo en nuestra tierra. Excepción hecha, claro es, de su gran amigo majorero, don Ramón Castañeyra Schamann, a quien el catedrático salmantino conociera en más tardía ocasión cuando fue desterrado a Fuerteventura en 1924. Esto justifica que pasemos brevemente sobre esta inolvidable visita, en el curso de la cual, como era obligado, el discípulo se reunió y departió en varias ocasiones con el maestro, incluso invitándole a comer a su propia casa, donde las dos mujeres que en ella había, su esposa doña Paz y su hijita Teresa, eran salmantinas de nacimiento. Doña Paz recordó siempre con ternura que don Miguel, como solía hacer habitualmente, deleitó a sus chiquillos con una magistral sesión de «cocotología», el gracioso arte que él divulgó literariamente en su segunda novela «Amor y pedagogía»¹⁷.

UNAS CARTAS QUE SON COMO HITOS HISTÓRICOS.

Después de este viaje de Unamuno a Canarias, por unas causas u otras, la correspondencia entre los dos amigos se hace más distanciada. Pero en cambio pasa a ser quizá más significativa. Cada uno de los mensajes cobra un especial relieve en el contexto de algún suceso histórico local o universal de los que en una u

¹⁷ Vid en «Revista de Occidente», octubre de 1964, número extraordinario *Homenaje a Miguel de Unamuno*, el precioso trabajo de Emilio Salcedo sobre sus pajaritas de papel, titulado *Cuando las pajaritas tienen alas*.

otra forma venían a herir la viva sensibilidad cívica o humana de «Fray Lesco» y son siempre como breves y certeras apostillas de aquellos eventos. El corresponsal canario poseía, en fuerza de su íntima asimilación del pensamiento unamuniano, tan coherente en su medular esencia no obstante sus aparentes contradicciones, un sentido finamente captador de todo aquello que pudiera incitar el interés o la curiosidad del genial pensador. «Fray Lesco» le explica una y otra vez que si le escribe con menor frecuencia, ello se debe, aparte un trabajo abrumador que le obliga hasta renunciar a sus lecturas, «*devorando su inútil rabia*», a no encontrar «*cosa que crea pueda interesarle*». De aquí que las cartas, aunque más apartadas, no sean por ello menos reveladoras.

A los dos meses de marcharse don Miguel de la isla, el 15 de septiembre, le envía la primera misiva. Le habla de que al fin le concedieron prórroga de la licencia oficial por asuntos propios que le había permitido volver a la ciudad. Hasta el mes de febrero —fecha en que ya consigue su traslado definitivo— seguirá aquí «*entregado a la consabida soñarrera*», palabra de cuño muy unamunesco. A renglón seguido le da o le comenta la triste noticia de la muerte de Manuel Macías Casanova, aquel malogrado, inteligentísimo escritor gomero, verdadero protagonista del prólogo del «Lino de los sueños», a quien don Miguel había cobrado un profundo afecto correspondiendo a la «*adhesión ardorosa y taciturna*» del muchacho, que le «*cobró un afecto, diré más bien, un apego, que, teniendo algo de ultra-humano, tenía también algo de canino*»¹⁸. «Fray Lesco» narra así su muerte fulminante:

«Murió el pobre Macías de una manera infortunada. Se arrió a una columna del alumbrado eléctrico, por donde se había desviado una corriente de alta tensión y quedó muerto sin proferir un ¡ay! Verdadera amargura nos ha producido a todos el suceso. Noches antes me había comunicado su resolución de ir a estudiar a Salamanca. A poco de V. marcharse ideó una confe-

¹⁸ Alonso Quesada: *El lino de los sueños*, Madrid, 1915, Prólogo, página IX. También don Miguel dedicó a este infortunado muchacho un bellissimo artículo en el diario «La Mañana», del 30 de septiembre de 1910.

rencia cuyo programa guardé para remitirlo a V. No llegó a darse y yo lo sentí, pues esperaba que nos hubiese servido de punto de partida para agitar un poco las aguas de esta charca. Por aquí continuamos en plena tempestad política. En octubre se tratará en el Parlamento de la cuestión de Canarias. Si el Gobierno la resuelve de una vez, no sé en qué van mis paisanos a ocupar luego su pensamiento.»

Un año largo, hasta el 25 de diciembre de 1911, habría de transcurrir antes de la siguiente carta. Tras disculparse por su largo silencio y explicarle que el trabajo lo condena de tal modo que «*en medio de este aislamiento local que V. conoce, resulto un ser aislado de los demás, un ermitaño de oficina*» —eco anticipado de aquella afirmación de Joaquín Artiles de que cada isleño es una isla dentro de su propia isla— le refiere la indignación y el dolor que embargan en aquellas fechas al pueblo canario:

«Aquí hemos sufrido una sacudida que creo será saludable. La salvaje acometida de la guardia civil delante de un colegio electoral el día 15 del pasado mes que costó la vida a seis infelices obreros, ha dejado un reguero de pasiones que creo no será en balde. Ello es largo de contar; pero cabe resumirlo diciendo que fue el último acto de violencia de un caciquismo rural que trata de imponerse a una ciudad como podría hacerlo en un pueblo de cinco mil almas.»

El suceso, efectivamente, conmovió no sólo a la isla, sino a todo el archipiélago y hasta al gobierno de la nación, que entonces presidía don José Canalejas. Se habían celebrado el domingo anterior elecciones municipales para cubrir veinticinco puestos de concejales. El partido leonista —partidario de don Fernando de León y Castillo— se hallaba dividido en dos fracciones, siendo la más fuerte la que dirigía don Felipe Massieu y Falcón, alcalde de la ciudad. Presentaba candidatos en todos los distritos, excepto en el de la Isleta, barrio predominantemente obrero, con objeto de ir al copo, como se decía en jerga electoral. Sus rivales eran los leonistas disidentes y los republicanos federales. La candidatura del alcalde, apoyada en todos los influyentes medios del po-

der, triunfó en los distritos del Teatro, Triana, San José, Tafira y Santa Catalina, pero perdió la mayoría en la Isleta, donde salieron elegidos dos republicanos, don José Franchy y Roca y un obrero llamado José Montelongo Gutiérrez. Sin embargo, en el distrito de Arenales, sobre todo en el Colegio de la calle Molino de Viento, que consideraban afecto, como la elección se presentara dudosa para los leonistas, decidieron éstos invalidarla haciendo que un sujeto de turbios antecedentes rompiera la urna. Tendría que repetirse el miércoles siguiente, día 15. Los secuaces del leonismo la prepararon concienzudamente, instalaron su cuartel de operaciones frente al colegio electoral y comenzaron a fabricar «embuchados», falsos electores que votaban con el nombre de electores reales, bien ausentes por enfermedad, por coacción o por temor, bien sencillamente suplantados. Al medio día se propagó por el puerto la infundada noticia de que Franchy y Roca había sido detenido en el colegio de Arenales. En un movimiento espontáneo de afecto al líder republicano, unos centenares de obreros portuarios, acompañados de sus mujeres y en algunos casos hasta de sus hijos, se trasladaron hacia aquel punto. En sus inmediaciones se había apostado la guardia civil, que mantenía despejado el centro de la calle. Disipado el falso rumor, la multitud obrera se agolpó a uno y otro lado del local, presenciando tranquila el desfile de los votantes. De pronto, en el espacio claro cayó una piedra que no alcanzó a nadie. No se supo nunca quién la arrojó, aunque hubo siempre fundadas sospechas de que saliera de la azotea del local leonista, contrapuesto al colegio, en manifiesto acto de provocación. Sin advertencia previa, sin toque de atención, el teniente Abella, que mandaba la fuerza, ordenó disparar repetidamente. Tres hombres murieron en el acto y otros tres después, a consecuencia de sus graves heridas. La autopsia reveló que cinco de ellos habían recibido las balas por detrás. La información oficial, contradictoria, sólo contribuyó a aumentar el airado clamor de la protesta popular¹⁹. El episodio constituye el hecho represivo más luctuoso que registra la historia de Gran Canaria, únicamente superado durante las trágicas jornadas de

¹⁹ «El Tribuno», de Las Palmas, 25 de noviembre de 1911. Vid. también «La Mañana» del día 16.

nuestra guerra civil de 1936 a 1939. Uno de los primeros ayuntamientos sucesores del leonista impuso al escenario de los hechos el nombre de «Calle del 15 de Noviembre», histórica rotulación que, por una transmutación curiosa del destino, se convirtió después de nuestra guerra en el de «Calle del 18 de Julio». Aunque el nombre se ha borrado, no así el recuerdo de la hazaña, transmitido oralmente de generación en generación, como eco prolongado de lo que, más que un crimen, fuera una afrenta al talante secularmente sumiso y pacífico del pueblo insular.

Otro cariz político presenta la epístola que debió seguir, fechada unos siete meses más tarde, el 20 de julio de 1912. Larga carta, detenida, en la que una vez más el discípulo se complace en abrirse al maestro con sincera intimidad, hablándole incluso de lo que gana con su productiva secretaría judicial, y de las clases que para «*recreo y refrigerio*» ha organizado con el objeto de enseñar algo de estructura y manejo de periódicos y de literatura. Pero los párrafos más sustanciosos del manuscrito se refieren al pleito provincial y a la reciente ley creando los Cabildos Insulares. Retratan fielmente la inteligente y perspicaz actitud de «Fray Lesco» ante la tan debatida cuestión divisionista, trampancho que el caciquismo local, en tácita o deliberada complicidad del poder central, al que mucho convenía mantener divididos a los canarios, agitó tantos años ante el pueblo ingenuo para desviar su posible acción hacia problemas más graves y más acuciantes, o distraer su atención de los turbios negocios y componendas de las camarillas de turno.

«Este país se halla en un estado que no sé cómo dárselo a entender: no se da cuenta de lo que le pasa. Aquí era verdaderamente popular la rivalidad con Tenerife, no hay que negarlo; y, sin embargo, el divisionismo, ya V. lo vio, en fuerza de traerlo y llevarlo y dejarlo y recogerlo estos políticos amañados e insinceros, llegó a ser objeto de cierta desconfianza. La gente se preguntaba: ¿qué gato encerrado tendrá esto de la división cuando a última hora tanto la defienden estas gentes? Porque aquí se piensa de estos políticos, forjados en el caciquismo de León y Castillo, lo que ahí de los de Macotera: cuando hacen una cosa, su cuenta les tendrá.»

Establece de seguida la acertada corroboración:

«Y efectivamente se ha visto que lo que pretendían era una capitalidad para Las Palmas, unos centros oficiales y, sobre todo, un gobernador a la mano para disponer mejor del organillo administrativo. Así es que su desencanto ha sido grande al saber que Canalejas nos concedió los Cabildos insulares, con facultades administrativas para cada isla. A pesar de que la nueva institución nos garantiza la independencia, ellos colgaron de crespones sus casas, de manera que lo que pudo ser una fiesta lo convirtieron en un luto.

Así es que el pueblo anda sin saber qué creer. Yo por mi parte he sido de los satisfechos con la reforma. Los Cabildos tienen dentro de cada isla las facultades que tenía la Diputación en cuanto a Beneficencia, Instrucción pública, Caminos y no sé qué otras cosas. ¿Para qué pedir más? Si se reglamentan sinceramente y con arreglo a la Ley, creo que estamos de enhorabuena. De todas maneras también me la doy porque ya empezamos a aliviarnos de la gran jaqueca divisionista»²⁰.

La enjudiosa misiva se remata con un juicio amargo sobre sus compañeros de pluma, un poco cultivadores de un retrainimiento que resulta, en cierto modo, altanero:

«Ya sé que Romero le manda versos. Los Millares han terminado uno o dos dramas. Me duele de nuestros intelectuales su actitud respecto al país. Su rebelión es demasiado solitaria. González Díaz, por ejemplo (que ahora ha terminado un tomo de ar-

²⁰ Este pleito provincial, que tantas energías nos hizo gastar a los canarios de ambas provincias estérilmente, ha sido historiado con magistral pericia, equilibrada objetividad y anchurosa erudición por el investigador tinerfeño Marcos Gumerá Peraza, en cinco amplios trabajos publicados en el «Anuario de Estudios Atlánticos», Madrid-Las Palmas, bajo el genérico y más adecuado título de *El pleito insular*, en los números 13, 14, 16, 18 y 20, correspondientes a los años 1967, 1968, 1970, 1972 y 1974. La completa serie evoca episodios que se jalonan sin interrupción desde 1808 a 1936, y constituye, en vivo contrapunto, un compendiado cuadro de la entera vida política del Archipiélago.

tículos), cultiva una deprimente literatura de aburrimiento y antipatía. No hacen obra social.»

Dos meses más tarde «Fray Lesco» se dirige nuevamente a su maestro, el 22 de septiembre, para recomendarle que atienda a su entrañable amigo Juan Carlo. Fue éste un pintor de grandes facultades, verdadero autodidacta, aquejado de un mal corrosivo para un artista: un excesivo, desmesurado sentido de autocrítica, de tal exigencia que las pocas obras que de él se han salvado —algunas realmente magistrales— lo fueron porque, una vez abandonadas por el pintor, no volvieron a caer en sus manos. De este hombre singular he de ocuparme, como compañero de «Fray Lesco» en la fundación de la Escuela de Luján Pérez, en otro lugar de este mismo estudio. Acudía a Salamanca a tratar con don Miguel de un proyecto que él le explicaría, y pedirle sus consejos. El presentador puntualiza:

«Tiene la ambición de completar su autoeducación artística, que por cierto lleva muy adelantada, y a este objeto ha encaminado todos los esfuerzos de su juventud en una lucha larga y heroica. Yo participo de sus entusiasmos y he contribuido a echarle de aquí para que no se pudra en este ambiente.»

A la presentación del amigo añade el escritor una noticia interesante:

«Parece que se trata de fundar en La Laguna una escuela de Derecho. Tendremos peste de abogados, pero quizá no venga mal a la postre un proletariado de levita»²¹.

²¹ La ley de Cabildos de 11 de julio de 1912, artículo 8.º, autorizó al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes «para fundar en La Laguna Centros docentes en relación con las necesidades del Archipiélago». El Real Decreto de 11 de abril de 1913 ordenó que desde el próximo curso académico quedaran establecidas en el Instituto de Canarias las enseñanzas universitarias correspondientes al primer curso de la Facultad de Filosofía y Letras y Preparatorio de la de Derecho («Gaceta» del 12 y «Boletín Oficial del Ministerio» del 15). La Real Orden de 7 de agosto de 1913 dispone que cuando hubiese consignación, se completaran los estudios de la Licenciatura en Derecho y la Sección Universitaria actualmente estable-

Se conserva la contestación de Unamuno a esta carta, verdadero soliloquio, recogida en el libro del profesor De la Nuez, que es realmente típica del estilo epistolar de don Miguel cuando se encontraba en vena. Cuenta que desde que comenzó el curso —la carta lleva fecha 14 de diciembre de 1912— anda en continuo trajín, conferencias acá y allá, ayudado principalmente por Elorrieta. La más resonante, dice, es la que pronunció en el Círculo Mercantil, en la que arremetió «*contra todas las vergüenzas de este pueblo, parte timba, parte hospicio y parte posada*». A continuación cuenta que Elorrieta le ha enseñado un artículo que le dedicó Rafael Ramírez en «La Mañana». «*Está bien y ese es el camino. Hay que hacer partido liberal a base de reivindicaciones económicas y es perder el tiempo discutir formas de gobierno y cosas de Ferrer*». Termina aludiendo a sus aprensiones acerca de que el tono lírico que ahora le domina, y con el que a las veces hace hasta llorar al público, sea algo de origen cardíaco. Y a propósito de cardiopatías le dice a «Fray Lesco» que un amigo común, don Cecilio, y el Obispo de Salamanca, se hallan en gravísimo estado²².

LA GUERRA DEL 14 Y LA DESTITUCIÓN DEL RECTOR.

A fines de agosto de 1914, después de dos años, se reanuda la correspondencia. Había estallado la primera guerra mundial, que tan graves repercusiones tuvo para nuestras islas. Fue sin duda este trascendental suceso el que lleva a «Fray Lesco» a tomar de nuevo su pluma.

«Ahora, la guerra. Me tortura más que me apasiona. Por aquí se ha dejado sentir desde los primeros momentos, como si suce-

cida se denominase Universidad de San Fernando, «en recuerdo de la que con este nombre existió en la ciudad de La Laguna» («Gaceta» del 13 y «Boletín Oficial del Ministerio» del 19).

José Escobedo G. Alberu: *La Universidad de Canarias. Apuntes para su historia desde su primera fundación en 1701 hasta el presente. Apertura de curso de 1928 a 1929.*

Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1928, págs. 46 y sigs.

²² Sebastián de la Nuez: *Obra citada*, pág. 129.

diera a las puertas de casa. No se ven sus horrores, pero sí sus efectos económicos. El país está en suspensión de pagos. El labrador no exporta, el arrendatario no paga, el propietario despide a sus trabajadores, el comerciante no vende; las letras se protestan... Económicamente vivimos en estado de sitio, manteniéndonos con lo que tenemos en casa.»

Considera luego la incertidumbre de nuestra situación:

«No deja de inquietarme la inseguridad de la suerte de estas islas. Ahora se ha demostrado su importancia estratégica y lo beneficiosa que hubiera sido para cualquiera de las naciones beligerantes una estación naval en este archipiélago. ¿Qué extraño es que el día de mañana entren en el plan de un tratado de paz?»

La guerra, en efecto, torturó hondamente a «Fray Lesco». En otro capítulo habremos de analizar los ecuanímenes y ponderados artículos que consagró al conflicto, considerándolo como el enfrentamiento de unos imperialismos, el ruso, el germano y el inglés, y que el peligro estaba en que triunfara uno solo. Para él la conflagración suponía un retroceso en la cultura, con la posible pérdida para Europa de su hegemonía cultural. La interpretaba, según fue en realidad, más que como una gigantesca colisión de ideales políticos, como el cruento desenlace de la incruenta guerra diplomática y comercial entablada desde hacía bastantes años.

Unamuno tomó en cambio la causa de los aliados —Francia, Inglaterra y Rusia, después Italia— con el ardor apasionado que ponía en la defensa de todas las que creía justas²³. Su beligeran-

²³ Esta posición de Unamuno era compartida por un calificado plantel de intelectuales. A primeros de julio de 1915, cuando se produjo la entrada en Italia en la guerra, hecho ocurrido el 20 de mayo anterior, un vibrante manifiesto de adhesión a las naciones aliadas iba firmado, entre otros, por Azcárate, Américo Castro, Cossío, Medinaveitia, Marañón, Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Pittaluga, Posada, Fernando de los Ríos, Simarro, Turró, Unamuno, Zuloaga, Clará, Araquistain, Azaña, Azorín, Carner, Antonio Machado, Amadeo Hurtado, Ramiro de Maeztu, Martínez Sierra, Enrique de Mesa, Pérez Galdós, Palacio Valdés, Pérez de Ayala y Valle Inclán.

Vid. Manuel Tuñón de Lara: *La España del siglo XX* Barcelona, Editorial Laia, 1974, tomo I, pág. 41.



Domingo Doreste y su familia, frente al edificio del Reichstag, en Berlín. Foto hecha en el curso de su viaje a Alemania en 1920, a que se refiere una de sus cartas a Unamuno. De izquierda a derecha: «Fray Lesco», su esposa doña Paz Grande, y sus hijos, Víctor, Teresa y Manuel.



Fotografía de don Miguel de Unamuno, que perteneció al infortunado escritor gomero Macías Casanova. La dedicatoria reza así: *A Manuel Macías Casanova, el silencioso, recuerdo de su amigo, Miguel de Unamuno, Las Palmas, 19-VII-10.* (Propiedad de Aurina Rodríguez.)

te aliadofilia se manifestó de múltiples formas, artículos, conferencias, asistencia a manifestaciones públicas, hasta el extremo de que el Gobierno, solicitado de un lado por gentes de izquierda y liberales, a la cabeza de las cuales se hallaba el conde de Romanones, y del otro por las derechas más conservadoras, que veían en Alemania el gendarme de Europa, quiso dar una muestra de neutralidad activa castigando con la destitución de su rectorado al intelectual de más fuste, después de haber intentado vanamente reducirlo a silencio.

La orden de destitución la firmó a fines de aquel agosto don Francisco Bergamín, que era ministro de Instrucción Pública en el Gabinete que presidía don Eduardo Dato. Era aquella la primera cartera ministerial de su carrera política. Bergamín fue hombre de agudísimo espíritu, más bien de ánimo liberal, de quien recuerdo sus clases como profesor de la Escuela Superior de Comercio de Madrid, en los primeros años de la dictadura del General Primo de Rivera, en las cuales no desperdiciaba ocasión o motivo, cuando no los buscaba exprofeso, para fustigar al dictador con fina y ocurrente ironía. La destitución contrarió grandemente a don Miguel. Hubo éste de abandonar la casa rectoral de la calle de los Libreros²⁴, con el enorme trastorno que ello suponía para el traslado de sus libros y papeles especialmente.

«Fray Lesco» le escribió a los pocos días de conocerse aquí la noticia del cese. Le explica que pensó que se debiese a una ruindad de políticos, que estuvo esperando a conocer qué pretexto tenía la medida, pero que no quiere dejar pasar más correos. Refiere la impresión que la nueva ha causado entre cuantos en la isla lo recuerdan con aprecio, «*que son más de los que usted cree*».

«Es doloroso lo que ha hecho con V. el ministro y tal vez más la forma de hacerlo, que tiene todas las trazas de un deliberado desprecio; con la agravante de haberse atrevido en tales circunstancias como las presentes en que la preocupación de la guerra impide a las gentes alzar el grito contra el gobierno.

No creo que queden así las cosas y espero que el tiempo lo rehabilitará. Su patriotismo de V. tan acrisolado ha sufrido de

²⁴ Bernardo Villarrazo: *Obra citada*, pág. 80.

esta vez una prueba durísima: pero un pueblo no puede consentir por mucho tiempo tal subversión de los valores cívicos.

Lo supongo amargado y entristecido, pero no acobardado.»

No aparecen cartas de Domingo Doreste en el archivo de Unamuno hasta las fechadas seis años más tarde. Debió existir alguna, hoy extraviada, porque me parece inexplicable y dilatado tal silencio. La primera que se encuentra, fechada en una colonia sanitaria en el pueblo de Uscio, de Génova, el 6 de octubre de 1920, comienza haciendo mención al remordimiento del firmante por haber dejado transcurrir mucho tiempo sin escribirle, que justifica por no haber encontrado cosa que pudiera interesarle. Doreste lleva dos meses de viaje por Alemania para dejar en Leipzig a su segundo hijo, Víctor, que tiene excepcionales condiciones para la música. Le ha parecido Alemania un país resignado, con un orden instintivo en todo, aunque le dicen que la relajación es notoria en relación a su estado anterior. Pero a Italia la ha encontrado sacudida de teorías y odios. El país sufre una grave crisis y es casi una reyerta de comadres lo que asemeja Milán, donde cada día amanece un manifiesto político en las paredes y al día siguiente, pegado por debajo, la contestación del adversario. La masa socialista es imponente, aunque escindida en varias ramas. Lenin es en cierta manera un papa al que se le consulta y obedece. La mentalidad obrera ha evolucionado mucho más que la de la burguesía, pero todo aparenta como si hubiera un acomodamiento práctico entre las dos clases. La brecha no es propiamente trágica.

«A todas estas, "i fasciti", mescolanza prevalentemente burguesa que pretende representar el patriotismo, constituye el partido de batalla de la otra banda. Y son frecuentes los choques, en que siempre resultan heridos o muertos. De ellos el más representativo es D'Annunzio, que está encastillado en Fiume y apoyado por el militarismo.»

Le habla luego de aquel cenobio —«*Colonia della Salute "Carlo Arnaldi"*»— donde ha venido a desintoxicar su organismo, exhausto de fuerzas, y se lo recomienda a don Miguel. Y acaba expresándole:

«Dentro de pocos días regreso a Las Palmas. Me dará un alegrón si me escribe. Gracias a Dios que he salido de mi taciturnidad. Precisamente es este uno de los caracteres de mi enfermedad nerviosa.»

LAS ÚLTIMAS CARTAS.

El 21 de febrero de 1924, cuando hacía apenas cinco meses que el General Primo de Rivera había dado su golpe de Estado en Barcelona, se le comunicó a don Miguel la orden de destierro a Fuerteventura. Desde el advenimiento de la dictadura, el profesor salmantino exteriorizó una activa hostilidad, llena de imprecaciones y dicerios, contra el nuevo régimen. Recuerdo el recibimiento que le hicimos los estudiantes del Ateneo en la estación del Norte cuando llegó a Madrid camino de Cádiz. Alguno de nosotros conoció aquel día la prisión por primera vez. El café del Prado, situado frente a la *docta casa*, se vació de clientes, centrándose la expectación en saber si también detendrían al sabio don Santiago Ramón y Cajal que acudía allí con frecuencia a tomar su café, pero la policía no se atrevió a tanto.

«Fray Lesco» le escribió a Salamanca el día primero de marzo, pero la carta, que se halla hoy en aquel Archivo, debió cogérlo en el curso del viaje, pues Unamuno abandonó su casa el 26 de febrero²⁵. Se trata de un breve mensaje, rebosante de afectación y respeto en su sobria formulación:

«Mi querido maestro: es mi más vehemente deseo ir a bordo del "Balmes" y ser el primero en abrazarle. Pero no puede ser porque estoy convaleciendo de una enfermedad y apenas me separo todavía de la cama.

Siento la necesidad de decirle que, no solamente existo, sino que siento renovarse en mí todo el antiguo afecto que siempre le tuve.

Va V. a un país singular, en que la vida es lenta, acompasada

²⁵ Sebastián de la Nuez: *Obra citada*, da una exhaustiva información de todos los episodios del destierro en Fuerteventura, que duró cuatro meses.

al paso del camello. Espero, no obstante, que el destierro le sea leve y que su espíritu fuerte encontrará el modo de no abatirse.

Si acaso cree que puedo servirle de algo en este intervalo tan solemne de su vida, no dude en ocupar a este su fiel amigo que le abraza.»

Domingo Doreste sufría efectivamente en aquellos días una de las dolencias bronquiales que le aquejaban con frecuencia. De constitución asténica, inverosímilmente delgado, muy parco en la comida, alto y esquemático como un personaje del Greco, frágil y cimbreante como un tallo de gramínea, su asombrosa energía vital para el trabajo se nutría menos de calorías orgánicas que del hervor de la voluntad. Fue siempre, como se dice con expresión popular, «una frutita de aire». En sus cartas a Unamuno son frecuentes las menciones a sus achaques. El que aquí se refiere no impidió, sin embargo, que más tarde se reuniera con don Miguel, pues éste permaneció en Las Palmas por espacio de unos doce días, y otros diez más, del 11 al 21 de julio, cuando llegó, evadido de Fuerteventura, a tomar el barco que lo llevaría a Cherburgo. Arribó a la ciudad el 4 de febrero en el vapor «Atlante», y no en el «Balmes» como había supuesto Doreste, y salió en el correillo interinsular «La Palma» para Puerto de Cabras el día 11 siguiente. «Fray Lesco» y Juan Carlo le hicieron visitar la Escuela de Luján Pérez, instalada entonces en su primer domicilio, una deliciosa casona del barrio de Vegueta con un jardín de agreste encanto, situada precisamente frente a la casa de la calle de García Tello, 4, donde había vivido Doreste muchos años, pues entonces habitaba en la de San Pedro, 2, que ya nunca abandonaría hasta su muerte.

La estancia de Unamuno en Fuerteventura, como es bien sabido, no sólo le fue leve, sino entrañadamente fecunda. Entre los muchos nutrimentos espirituales que la isla esquelética le deparrara no fue el menor, sin duda, el descubrimiento de la mar, tan admirablemente cantada en aquella joya lírica, «*nuevo rosario de sonetos*» como él la llama, titulada «De Fuerteventura a París».

*«¿Qué dices, mar, con tu susurro? ¡Dime!
¿Ríes o lloras? Pasando las cuentas*

*del eterno rosario me acrecientas
el ansia de soñar que el pecho oprime.
Es tu oración sin fin canto sublime,
me traes, trayendo fe, las horas lentas
que me trillan el alma y luego avientas
mi grano con tu brisa que redime»²⁶.*

Las dos postreras cartas dan un ancho salto, un abierto «caos», como Unamuno diría en su sentido griego de bostezo, sobre el tiempo. La primera, del 13 de mayo de 1933, se resume así:

Un corto saludo; la expresión de la alegría de «Fray Lesco» cuando supo que se hallaba en Las Palmas, como Catedrático de Matemáticas del Instituto "Pérez Galdós", uno de sus hijos, José Unamuno Lizárraga, a quien ve con frecuencia; una recomendación, «*malgré lui*», en favor de un estudiante canario, Santiago Aranda, que quiere examinarse de dos cursos de Civil en una convocatoria, en lo que no quiere transigir el profesor señor Madrugá, para acabar con una exclamación secretamente ansiosa:

«Hace tiempo que no cae en mis manos nada de V., ¡cuánto daría por oírle hablar de esta situación de España, en que se siente uno (yo por lo menos) tan cohibido de espíritu!»

Y la última, patética, de sobria emotividad, expresada con esa cuajada concisión de estilo, de la que siempre fue verdadero modelo la prosa del gran periodista canario. Está fechada el 25 de septiembre de 1934, cuatro días antes de que don Miguel cumpliera los setenta años y alcanzara con ello su jubilación oficial.

«Mi querido maestro: Me lo imagino en estos momentos esperando (tal vez con angustia) el día más grande, pero no el más dulce de su vida.

Día también de familia, de su gran descendencia espiritual, en la que me cuento, no por simple acto de elección, sino sencillamente por haber nacido, o renacido, entre ella.

²⁶ Miguel de Unamuno: *De Fuerteventura a París*. París, Editorial Excelsior, 42, Boulevard Raspail, 1925, pág. 48.

Me preparo devotamente a celebrarlo y deseo que acepte en los momentos que ya se acercan el abrazo filial de su affmo.,

Domingo Doreste Rodríguez.»



DELEGADO DE BELLAS ARTES
LAS PALMAS

Petición 25-1934.

PARTICULAR

*A. E. Miguel de Unamuno
Mi querido Maestro: Me le imo. imo
en estos momentos esperando (tal vez con an-
gustia) el día más grande, pero no el más
dulce de su vida.*

*Ha también de familia, o de un
gran descendencia espiritual; en la que me
siento, no por simple acto de elección, sino sencii-
llamente por haber nacido (re nacido) en la
ella me preparo devotamente a celebrarlo
y deseo que acepte en los momentos que ya
se acercan el abrazo filial de su affmo.*

*Domingo Doreste
Rodríguez*

6.—La última carta de Doreste a Unamuno, que aparece en el Archivo de Salamanca, escrita con motivo de la jubilación del sabio profesor.

El vicerrector salmantino se jubiló. Al final de su vida, las mismas gentes, la misma conocida cohorte, ahora disfrazada oca-

sionalmente de republicana, que lo destituyera del rectorado en 1914, lo tuviera alejado de España durante seis años, de 1924 a 1930, no dejará jamás de zaherirle y no llegara nunca a comprenderle, le colmó de honores: rector vitalicio de la Universidad, alcalde perpetuo de Salamanca, primer ciudadano de honor de la vetusta ciudad. Del rectorado le vuelven a desposeer dos años más tarde, cuando en un solemne acto conmemorativo del 12 de octubre el anciano irrefrenable se desboca al oír a un conspicuo personaje exclamar : «¡Muera la inteligencia!». Pasa los tres últimos meses de su vida sin salir de su casa, donde fallece el 31 de diciembre de 1936. Su muerte la provocó un súbito derrame cerebral, pero en rigor murió de angustia. Uno de sus mejores discípulos, el profesor Federico de Onís, en el prólogo de su bella edición póstuma del «Cancionero», publicado en Buenos Aires en 1953, escribe a tal propósito: «Corrió un día la noticia de su muerte. Preguntaban por qué se murió. Hay gentes que dicen que le mataron, pero no es así: no le mataron. Sencillamente, Unamuno tuvo que permanecer callado durante tres meses, y el hombre que ya he descrito al principio tenía que morir por no poder estar callado»²⁷.

En un curioso y misterioso paralelismo, los dos amigos protagonistas de este largo capítulo, mantuvieron entre las fechas que enmarcan el comienzo y el fin de sus días respectivos, casi la misma distancia temporal: Unamuno nació en septiembre de 1864; Doreste, en marzo de 1868: tres años y cinco meses de diferencia. El maestro salmantino murió el 31 de diciembre de 1936; el discípulo canario, el 14 de febrero de 1940: tres años y un mes más tarde. Mucho influyó el profesor sobre el alumno: mucho llegaron ambos a emparentarse espiritualmente. Los dos fueron seres estremecidos de inquietudes místicas, de anhelos de trascendencia que nunca pugnaron con desvelados y cercanos ardores cívicos. A los dos bien pudo acomodarles como lema o emblema de su andadura vital aquella frase latina que devana en su soliloquio el protagonista de «Niebla», la famosa nivola de don Miguel: «*Militia est vita hominis super terram*».

²⁷ Eduardo Ortega y Gasset. *Monodialogos de don Miguel de Unamuno*. Nueva York, Ediciones Ibérica, 1958, pág. 232.